

Leonidas Morales T. *CRÍTICA DE LA VIDA COTIDIANA CHILENA*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2012. 178 p.

La vida cotidiana y la vida privada han sido objeto de recientes reflexiones historiográficas en nuestro país. Expresan la posibilidad de releer el pasado desde la diversidad de historias personales que delatan una textura del quehacer diario posibilitado por el contexto sociocultural específico. Oficios, prácticas familiares, determinaciones de género, formas de habitar el campo o la ciudad; son, entre otras prácticas cotidianas, parte del estudio que ciertos historiadores –pienso al menos en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri a nivel nacional e, indudablemente, en Georges Duby en el concierto internacional– han desarrollado pensando en las fisuras de los grandes relatos.

Si bien Leonidas Morales, prolífico crítico de la literatura chilena, no apunta en su último trabajo, *Crítica de la vida cotidiana chilena*, publicado en diciembre del 2012 por Editorial Cuarto Propio, a una mirada solamente histórica sino que recupera la trama literaria que se nutre de este marco para visitar autores sobre los que ya ha trabajado. La riqueza de este libro es que trazando como eje la vida cotidiana, da valor a nuevos aspectos de la escritura de estos autores y promueve un campo de estudio que podría ser ampliamente productivo para la reflexión crítica en el presente. Con este fin, Morales elige como corpus cierta parte de la producción literaria de cinco autores chilenos: Carmen Arriagada, Joaquín Edwards Bello, Gabriela Mistral, Luis Oyarzún y Pedro Lemebel; pues todos ellos cubrirían el periodo republicano chileno y darían la posibilidad de mostrar cómo la textualidad de su producción refleja los cambios de la vida moderna en Chile.

Hay dos aspectos que destacan principalmente a este libro en el contexto de la producción crítica que nos rodea. El primero es que su autor, Leonidas Morales, ha construido una trayectoria encargada de visibilizar ciertos géneros y autores que le parecen importantes en diversos periodos y que, muchas veces, por su formato o redes de circulación, han representado disidencias con el sistema de poder prioritario quedando en silencio. Así fue quizás el caso de sus tempranas escrituras sobre Diamela Eltit o la recuperación de miradas críticas sobre Carlos Droguett y, especialmente, el trabajo realizado con lo que el propio crítico ha denominado *géneros referenciales* (apelando al conjunto de escrituras que buscan cierta fidelidad con su referente), que muchas veces al no ser escritos con fines puramente literarios pasaron a un segundo plano en la discusión crítica de la literatura. Es en este último grupo donde vuelve el nuevo trabajo de este crítico vinculado a la Universidad de Chile: los textos trabajados corresponden a géneros referenciales y aunque Morales había trabajado sobre ellos en otros formatos, –editando los diarios de Luis Oyarzún, escribiendo sobre las cartas de amor de Carmen Arriagada para situarla como una de las primeras escritoras en el Chile del siglo XIX, reflexionando en artículos académicos sobre las crónicas de Joaquín

Edwards Bello, revisitando la prosa de Gabriela Mistral, y criticando la experiencia posdictatorial en los textos de Lemebel; esta vez propone un acercamiento que busca leer las posibilidades de referir la realidad que tiene la palabra de estos autores en la formación de nuestra historia moderna por medio de la evidencia de la vida cotidiana. Es en este proyecto donde nace el segundo aspecto que destaca hoy a este libro: propone una definición de lo que se entiende por vida cotidiana y lo delimita como un campo de estudio de la crítica literaria, pues el autor recompone diversas perspectivas teóricas y postula en la introducción lo que se entiende por vida cotidiana en el contexto de la ciudad moderna chilena. Con este trazado posiciona un campo de estudio que puede reunir el trabajo de otros investigadores y alcanzar la práctica escritural de otros autores.

Morales inicia su libro con una cita de José Donoso que identifica a nuestro país con la imagen de un claustro. Chile se presenta como un encierro que vuelve siempre a sí mismo y que coarta la diferencia. En esta experiencia de aislamiento, el mundo moderno no alcanza a cuajar como un espacio de libertad, sino más bien como una extensión de un modelo deficitario que anuncia el encierro. Para el autor esta es la tesis que sostienen las escrituras analizadas, llegando a afirmar que esta experiencia cobra mayor fuerza desde la década de los 80 del siglo pasado, cuando nuestro país entra definitivamente a una era globalizada que reduce la experiencia de mundo y repite la cotidianidad convirtiéndola en un repetitivo espacio sin escape.

Es esa incomodidad, reflejada en las expresiones particulares de cada proyecto literario, la que cautiva a Morales y que guían el análisis textual en cada caso. En esa línea, el primer capítulo titulado “Carmen Arriagada. La ciudad ausente”, se enfoca en la posibilidad de enunciación que una mujer de clase alta como Arriagada tenía al perseguir la escritura epistolar. En el conjunto de cartas dedicadas al pintor alemán Mauricio Rugendas entre 1830 y 1850, el crítico Leonidas Morales analiza la enunciación romántica del amor que textualiza Arriagada como fruto de una disyuntiva entre la ciudad alejada de la modernidad en que habita, Talca, y su proyecto de lecturas, principalmente europeas, que la mantienen inmersa en las corrientes modernas. Esta disociación convierte a la autora en una mujer “verdaderamente moderna, sensible a las formas (literarias, artísticas, políticas)... asociadas a expectativas de libertad o liberación, en las que, como formas superiores del espíritu, se reconocía” (54), que dejaría ver en la enunciación incómoda de una mujer que reconoce en las prácticas de la vida cotidiana en Chile la herencia colonial, el encierro del pueblo y el peso de las miradas posándose sobre ella.

En el segundo capítulo, dedicado a las crónicas de Joaquín Edwards Bello, el autor recrea la vida cotidiana de la primera mitad del siglo XX centrándose en la figura de este sujeto que describe el proceso de modernización en Chile como parte de su desajuste con la clase a la que pertenece. Hay una detención especial en la figura del *roto*, central en la obra de Edwards Bello desde la publicación de su novela en 1920, hasta crónicas tardías que recuperan esta figura como centro de atención. Morales

indica sobre la obra de este autor: “Edwards descubre los signos de un orden social, de un modo (el del chileno) de estar o ser en el mundo. Lee esos signos sin sustancializar su significado. A veces se limita a identificarlos y a describirlos de modo tal que sugiere las pistas de lectura. En otros casos pone en juego códigos “deconstructores” del tramado ideológico de los signos” (84). El crítico afina su lectura en estos últimos signos, revisa repeticiones y contextos para mostrar la voz de un sujeto agobiado que ve la segmentación en Chile como consecuencia de un poder que tiende a oscurecer más que a aclarar la vida de los ciudadanos.

Gabriela Mistral ocupa con sus recados, textos en prosa publicados principalmente en la prensa, el tercer apartado de este libro. Lee Leonidas Morales en estos textos la relación entre oralidad y escritura como una especie de reminiscencia constante en esta poeta al mundo de su infancia. En palabras del autor: “[s]us *Recados contando a Chile* ilustran muy bien dos aspectos: la remisión a una oralidad originaria y el sometimiento de esta oralidad a una operación estética que la configura en función de otra verdad que es la de otra ética” (103). Dicha dualidad evidenciaría una crítica al sistema dominante en Chile que colmaría de injusticias las referencias entre letra y oralidad dando cuerpo a los textos mistralianos. Para Morales, el orden que Mistral defiende es el comunitario, aquel que se acerca a la aldea y que promueve relaciones horizontales. Orden que choca con la tradición latifundista del dominio sobre la tierra y que devela una estela de injusticia en el cotidiano del contexto.

Al acercarse al del cuarto capítulo, Morales conecta a Mistral y Oyarzún destinando a ambos una relación particular con la tierra y la naturaleza que da un sentido especial a la óptica de sus textos:

Este mismo amor a la naturaleza es la razón profunda de la crítica de Oyarzún a la vida cotidiana chilena (la de su presente y la del pasado). Ve en ella la reiteración de una ausencia: la ausencia de una cultura histórica formada en el diálogo amoroso con la naturaleza de los rituales colectivos, comunitarios, que den testimonio de ella (124).

Así, al acercarse a los textos de Luis Oyarzún en la cuarta sección de este libro, el crítico retoma el vínculo con la naturaleza en otro género, el del diario íntimo, y percibe la experiencia del viaje en esta textualidad repleta de preguntas íntimas y reflexiones sobre el yo que dialogan con el paisaje que el escritor describe. Para Oyarzún sería imposible despegar la experiencia humana de la contemplación y compenetración con el espacio natural, lo que lleva a que en su escritura la crítica a la vida cotidiana recaiga en el racionalismo que planifica la vida moderna y en las secuelas de este en el contexto nacional. Si bien se hace en un principio una asociación con la experiencia de Mistral, la escritura de Oyarzún parecería tomar otros rumbos pues al buscar la experiencia del hombre con la naturaleza de periferia a centro, como indica Morales, hay una nostalgia anticipatoria de una relación entre el hombre y su entorno que está a punto de perderse por la imposición de la modernidad. Quizás sería interesante detenerse nuevamente, en este punto del libro de Leonidas Morales, en las diferencias con

que enuncian Mistral y Oyarzún; seguramente se podría especular sobre una posición de género que cada uno encarna y por las diferencias de una escritura pública, en el caso de Mistral, de una supuestamente íntima, en el caso de Oyarzún.

Para finalizar los análisis se presenta el quinto capítulo dedicado al escritor, aún vigente, Pedro Lemebel. Hay en esta escritura una especie de proyección hacia un nuevo contexto, el posdictatorial, que da a la crónica de Lemebel un lugar que acoge su posicionamiento de clase y la enunciación que determina el género en este autor. Leonidas Morales detecta una crítica en sus crónicas a este presente moderno subdesarrollado y a la cultura de consumo que penetra la ciudad a partir de 1980. La globalización cuestiona la singularidad del lugar desde donde se habla, y por lo mismo tanto la calle como la ciudad se ven como espacios deformados por proyectos modernos inacabados. Quizás en este último trabajo hay una visión hacia el presente que habla de los conflictos entre la deseada modernidad de Carmen Arriagada y el fracaso que deja la dictadura en el proyecto modernizador de Chile que dan origen a los textos de Lemebel y que probablemente disponen nuevos escenarios de producción literaria.

Al recorrer este texto, se presentan nuevas preguntas que promueven la lectura de los autores aquí estudiados y refrescan la visión crítica que se tiene de ellos. Tal vez, al final de esta lectura se extraña un cierre que conecte y proyecte la voz del crítico con la de otros estudiosos chilenos que han trabajado a estos escritores o temas liminares que complementan la visión de la vida cotidiana en Chile. Posiblemente será este un futuro proyecto de escritura del propio Leonidas Morales o la invitación a que otros críticos retomen la letra como parte de una conversación sobre escritura y vida cotidiana, sobre las prácticas cotidianas que también dejan huella en la escritura crítica contemporánea.

Pía Gutiérrez Díaz
Pontificia Universidad Católica de Chile